

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesialística

Cartagena 24 de Julio de 1915

AÑO XI

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 566

SANTORAL

DOM. 25.—Santiago Apóstol, pat. de España, S. Cristóbal, mr.
LUN. 26.—Santa Ana, madre de Ntra. Sra., pat. de Senet, Negrals.
MAR. 27.—San Pantaleón, abog. contra la langosta, Santa Juliana.
MIÉR. 28.—San Víctor, S. Nazario.
JUEV. 29.—Santas Marta, Sarafina y Beatriz, virgs., S. Félix.
VIER. 30.—Stos. Abdón y Senén.
SÁB. 31.—S. Ignacio de Loyola.

La moderna orientación de la beneficencia

Si socialmente hablando, o sea en el orden de las relaciones sociales, vimos que es ineficaz la organización oficial encaminada a la represión de la mendicidad, porque no altera ni mejora eficazmente la condición moral del mendigo, en el orden religioso y moral y desde el punto de vista de la práctica de las obras de misericordia, no ya ineficaz sino dañoso resulta ese régimen de beneficencia oficial y de aislamiento del desgraciado mendigo. Cuanto más, si llega como a veces sucedió, a prohibirse y a ser castigado el hecho meritorio para el cristiano, de dar limosna en la calle; siquiera la intención de la medida prohibitoria sea a primera vista plausible, es a saber, no dar pábulo a la holganza y aun al vicio con las dádivas callejeras prodigadas de modo irreflexivo.

No hay duda que estas y otras frases con que se pretende acabar con la mendicidad de la vía pública entrañan, si bien se mira, violencias y hasta duras investivas a la dignidad del mendigo que recuerdan la negra historia del paganismo y aun de la Reforma protestante y sus derivados los mil sistemas racionalistas y positivistas modernos. Todos a una abogan por la organización social o mejor oficial de la Beneficencia, por una legislación laica y uniforme de la asistencia pública de la caridad legal y oficial, y en su consecuencia que el Estado reprima la mendicidad y la caridad indiscreta y sin método. Todos estos votos los formulaba el diario derechista *La Tribuna*; y por contera afirmaba que esa fué la idea fundamental de la Reforma protestante; y la democracia moderna ha vencido en este punto a la Iglesia. Estas imprudentes aseveraciones por no calificarlas de heréticas, tenemos que rechazarlas en absoluto así como otras del mismo diario en que asienta: «que la pobreza y la mendicidad es una plaga social, que la limosna envilece, y que la beneficencia particular y la de la Iglesia han comunicado a esta plaga un impulso cuyos desagradables efectos son ostensibles en España especialmente; estamos asistiendo, añade, en Madrid, plagado de mendigos, a la ban-

carrota de la caridad irreflexiva e inorgánica porque el cristianismo ha inculcado a las gentes que se gana el Cielo con la limosna pero carece de tenencia alguna a la organización social de la Beneficencia.»

Otra vez se levanta el grito de protesta contra tantas inexactitudes y ofensivas insinuaciones a la acción siempre maternal de la Iglesia Católica y de todas sus instituciones, encaminadas al socorro de todas las necesidades que pueden aquejar al hombre en sus diversas edades y contingencias siempre y cuando sea víctima de la desgracia y del infortunio. Recórranse, aun hoy, las estadísticas de las organizaciones de socorro, de instrucción y educación del niño y del joven, ante todo pobres, los Centros en que se acoge al artesano y al obrero y con el argumento irrefutable de los números se dará un mentís a esas y a otras calumniosas inculpaciones, ¡ojalá dispusiera de bienes bastantes a remediarlo todo! ¡Es pobre y no puede hacer más!

Y no digamos nada si fuéramos a escudriñar la gestión de esas beneméritas Conferencias de San Vicente de Paul las cuales si no se las eliminase del favor oficial, a que son muy acreedoras, bastarían en gran parte a dar solución a ese problema complejo de la mendicidad. Dígase lo propio de la Párroquia, en cuyo seno se tiende a organizar esa acción benéfica y de la cual jamás se creyó excusada.

Las teorías que con el oropel de legislación laica, caridad legal y oficial se disfrazan son las del crudo y cruel materialismo que con una crueldad que aterra nos habla con la mayor naturalidad y en nombre de la ciencia de la lucha por la existencia de la eliminación del débil y del mendigo; o a lo sumo atentan ese frío egoísmo con la ya fracasada asistencia pública oficial que si socorre algo, deja el alma abatida, triste, desbaratada y humillada por no ser la mano que acerca el socorro la mano del hermano en Cristo que ante todo y sobre todo se da a sí mismo, consuela y alienta y levanta las aspiraciones de esos corazones hacia lo alto, hacia los senderos recorridos por el Divino Maestro, hecho pobre por enriquecer a los pobres y hacerles Reyes y señores en su Reino eterno, por haber imitado de cerca sus ejemplos y preceptos de llevar la Cruz y así merecer sin tasa. ¡Si los pobres son los señores en la Iglesia y los ricos son los servidores! han dicho Bossuet y mil más.

¿Qué se lograría con la beneficencia oficial monopolizadora de esta función? Echar encima del infortunado contribuyente un centenar más de millones. «Y esto sería lo de menos, escribe un periódico católico, por lo enormísimo

es sobre la injuria hecha a la Iglesia de Dios y a los Católicos limosneros, el error naturalista, el laicismo, erigido en principio y norma del régimen social, poniendo en manos del Estado las limosnas y haciendo de los pobres una verdadera casta despreciable en la sociedad.»

Caridad a costa de trivialidades

—Siendo ayer día de moda ¿por qué no fuiste al teatro?— preguntó a la niña Pura su buena amiga Amparo.

—Porque ayer vi aun pobre niño pisando nieve descalzo, y hoy voy a comprarle botas con lo que costaba el palco.— Imitad, jóvenes bellas de Purita el noble rasgo; Priváos algunos días de ir a ciertos espectáculos, y con el mismo dinero que allí pensábais gastaros, ¡ejerced la caridad, comprad botas y zapatos para que los niños pobres no vayan nunca descalzos!

Cambio de Lenguaje

Obsérvase en la prensa británica, la cual en las últimas semanas, al comenzar la guerra, hasta el punto de anunciar que en el término de tres meses Alemania veríase precisada a pedir la paz, si no quería morir de hambre, o completamente derrotada por las formidables fuerzas de las tres grandes potencias aliadas.

Hoy ha cambiado enteramente de lenguaje y ha trocado aquellas olímpicas arrogancias y bravatas de exterminio, por los abatimientos y pesimismo que reflejan las columnas de los más importantes diarios ingleses, como verán nuestros lectores por los párrafos que de dichos diarios copiamos a continuación:

Del gran diario inglés *The Times*, después de condolerse de que la próxima cosecha sea bastante mala:

«En estos momentos la nación no puede permitirse el lujo de malgastar cualquier clase de alimentos.

La carencia absoluta, durante las últimas semanas, de noticias victoriosas, y por el contrario, las inmensas pérdidas de oficiales y soldados, y la subida excesiva de los precios de los comestibles han creado en Inglaterra una fuerte corriente contra la guerra y en favor de una pronta paz.

Por otra parte, la inestabilidad del Gobierno nacional inglés, contra el cual trabajan asiduamente los políticos de oposición; el gasto tan enorme de 75 millones de pesetas diarios que la cuesta a Inglaterra, la desastrosa aventura de los Dardanelos, precedida del ineficaz bombardeo de Cattaro, en el cual la flota anglo-francesa no consiguió hacer el menor daño, y la escuadra austriaca destruyó todo el puerto de Antivari; la declaración de Mr. Asquith en Newcastle, de que «Inglaterra no quiso la guerra, y hasta el último momento hicimos todo lo posible para evitar que estallase», cuando todo el mundo sabe que Inglaterra fué la que rechazó todas las proposiciones de neutralidad alemana, haciendo estériles los esfuerzos de Alemania para la limita-

ción de la guerra, la ausencia del ministro de negocios extranjeros, de Eduardo Groy—causante único de la tragedia humana y gran enemigo de Alemania—por «enfermedad», que Dios sabe cuando se «curará»; todos estos son indicios de que las islas británicas desean la paz, bien porque así lo crean los directores de la política, o bien porque los obligue el pueblo a pedirla, cansado de la duración de la guerra.»

De Daile Chronicle:

«Es un hecho evidente que las masas democráticas están animadas de gran resistencia contra cualquier imposición oficial.

Al introducirse el servicio militar obligatorio, tendríamos, en vez de una nación unida, una grave desunión, y quedaríamos expuestos a un peligroso movimiento contra la guerra.»

El *Labour Leader* solicita de los obreros que pidan la terminación de la guerra lo más pronto posible.

Lloyd George dice en sus fogosos discursos a todos los obreros:

«Nosotros, en esta guerra, somos la nación peor organizada del mundo.»

Del Morning Post:

«Nos «imaginamos» que los aliados ganarán; pero no hay la más mínima razón para justificar esta suposición. Hasta hoy es Alemania la vencedora; ocupa Bélgica, una gran parte de Francia y casi toda la Polonia rusa, mientras que nosotros hemos perdido una milia en ipres y avanzados otros puntos a Neuve Chapelle.

El comité llamado Stop the War Comité ha repartido una circular provisional, en la cual dice que ha llegado el momento de iniciar un movimiento con el fin de expresar claramente que en la opinión pública toma incremento la idea de llegar a un arreglo pacífico del conflicto actual.»

Todo esto que dejamos copiado, prueba hasta la evidencia el temor de los ingleses, que en vez del seguro triunfo tan prolongado y apetecido, se preocupan ante un posible fracaso.

Además, en el *Dayly News* Arnold Bennet, como de los más populares escritores ingleses, ha hecho recientemente unas declaraciones de innegable gravedad, por lo cual ha extrañado sobremedera el que la censura haya dejado circular libremente las manifestaciones de Arnold Bennet, que son del tenor siguiente:

«Prescindiendo de los periódicos, existe actualmente en Inglaterra un gran pesimismo, y, a decir verdad, un pesimismo que no quiere mirar al porvenir.

No se dice precisamente que nos derroten; pero está el pueblo preocupado y triste, llevando en los ojos una muda interrogación.

¿Los motivos de esta depresión nacional?

La falta de confianza, no sólo en la suerte de las armas de los aliados, sino la falta de confianza en todo. No se está ya en condiciones de tener confianza.

Así cuando Przemyls fué tomado por los rusos no se demostró apenas satisfacción, a pesar de que había infinidad de soldados y gran cantidad de municiones.

Igualmente se demostró una gran indiferencia cuando la plaza de Przemysl fué tomada de nuevo por los austro-alemanes.

La otra causa es una gran impaciencia que ataca los nervios.»